

## Anhelo de dependencia

### Las ofertas de anexión de la República Dominicana a los Estados Unidos en el siglo XIX\*

Por Detlev Julio K. Peukert

#### 1. UNA „REPÚBLICA DE MÚLATOS“ EN EL BLANCO DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

Realmente, la historia de la República Dominicana es para los historiadores alemanes un tema marginal. Si toda América Latina se encuentra al margen del campo de nuestros intereses históricos, la República Dominicana, teniendo en cuenta que representa tan sólo la parte oriental hispanohablante de la isla caribeña de mayor extensión territorial después de Cuba, ocupa en el doble sentido de la palabra una posición periférica en los puntos de mayor interés de la investigación latinoamericana: por un lado, queda tanto histórico como geográficamente lejos de los centros del desarrollo latinoamericano, tales como Méjico, Brasil, o la Argentina. Por otro, parece que no ha cambiado su papel anterior de región periférica sino su dependencia del Imperio colonial español por la del *informal empire* estadounidense.

De hecho, la región del Caribe parece ser tan periférica para nuestra percepción histórica, que hasta en la obra minuciosamente elaborada de uno de los pocos expertos alemanes, el estudio de Hans-Ulrich Wehler sobre el imperialismo americano en los años 90 del siglo XIX<sup>1</sup>, se ha intro-

---

\* Versión revisada de mi discurso de *Habilitation*, Essen, el 6 de junio de 1984; traducción de Thomas Beyerle, Santo Domingo. Quiero expresar mi agradecimiento a mis colegas dominicanos Jaime Domínguez y Frank Moya Pons por sus consejos críticos.

<sup>1</sup> Hans-Ulrich Wehler, *Der Aufstieg des amerikanischen Imperialismus* (Göttingen 1974), esp. pp. 103–109. La cita siguiente *ibid.*, p. 103.

ducido furtivamente un error, que a primera vista es fácil de pasar por alto, pero que a segunda vista resulta bastante irritante: Wehler describe, basándose en documentos y literatura americanos, el intento de los EE.UU. de anexar en 1891/92 la Bahía de Samaná en la República Dominicana con el fin de usarla como base naval, y habla en este contexto del „segundo Estado caribeño de negros“. El lector, quien conoce un poco la situación dominicana<sup>2</sup>, se sorprende: ya en su edición de 1908 la enciclopedia Brockhaus había escrito inconfundiblemente sobre la República Dominicana<sup>3</sup>:

„Se le llama también república de mulatos, porque se encuentran pocos negros entre sus habitantes, pero hay mucha gente de todo color y numerosos europeos“.

El error de Wehler se aclara rápidamente si uno considera, que el entonces presidente de aquella „república de mulatos“, Ulises Heureaux<sup>4</sup>, en realidad era negro, y que por ello el error ha seguido el principio de *cuius regio, eius color*.

Este episodio en una obra cuyo interés de investigación está dirigido predominantemente hacia el lado estadounidense, no merecería tanta atención, si no llevara a plantearse ciertas cuestiones básicas de carácter metodológico. Mi objeción sería, que, evidentemente, hasta aquellas investigaciones cuyas fuentes han sido minuciosamente investigadas y que han sido escritas con una intención crítica, son frecuentemente tratadas a través de la perspectiva de las metrópolis, en cuanto se refiere a su selección de fuentes, métodos y teorías, mientras se pone menos atención a la perspectiva de los afectados<sup>5</sup>. Sin embargo, con ello se cuenta solamente la

<sup>2</sup> Una introducción competente sobre la historia y el presente de la República Dominicana la ofrece el embajador británico Ian Bell, *The Dominican Republic* (London, Colorado 1981); véase también las bibliografías de Howard Wiarda, *Política y gobierno en la República Dominicana 1930–1960* (Santiago, R.D. 1968), y de Wolf Grabendorff, *Bibliographie zu Politik und Gesellschaft der Dominikanischen Republik. Neuere Studien 1961–1971* (München 1973).

<sup>3</sup> Véase „Santo Domingo“, *Brockhaus Konversations-Lexikon*, t. 14 (Leipzig, 14a. ed. rev. 1908), p. 320.

<sup>4</sup> Y no „Ulysses Heureux“, como Wehler escribe.

<sup>5</sup> Esa crítica es válida para la mayoría de los estudios sobre el papel de los Estados Unidos en el Caribe, a pesar de que éstos en lo que afecta a la República Dominicana se refieren a la excelente obra y hasta hoy indispensable manual de Sumner Welles, *Natho's Vineyard. The Dominican Republic 1844–1924*, 2 vols. (New York 1928). Welles era jefe de departamento en la Secretaría de Estado norteamericana y activo en el gobierno militar estadounidense en Santo Domingo 1922–1924. En aquella época cortó al general Vázquez, quien le facilitó informaciones de carácter interno. Las opinio-

mitad de la historia. La otra mitad de la historia, la que abarca las perspectivas y actitudes de los políticos dominicanos, se esbozará a continuación<sup>6</sup>. Habría que preguntarse, sobre todo, acerca de las motivaciones y el margen de acción de los afectados, los cuales desde la perspectiva metropolitana no son lo suficientemente visibles, aunque han sido tan importantes para el transcurso real de la historia, como algunos aspectos bien investigados del lado estadounidense.

Habrà que marcar, además, una segunda delimitación metodológica, aunque sea, mientras tanto, ya bien conocida y usual entre los historiadores. A mi parecer, las teorías de dependencia, desarrolladas primeramente en América Latina<sup>7</sup> no aportan esta aquí reclamada segunda perspectiva del punto de vista de los afectados, sin mencionar que frecuentemente han sido concebidas de una manera demasiado global, así que no sirven como clave para la explicación de fenómenos históricos concretos y específicos.

Más aún, la construcción de dependencias generalizadas, de dependencias estructurales de la periferia latinoamericana del sistema mundial dominado por europeos y angloamericanos, impide una percepción justa de las dimensiones de los márgenes de acción de los países afectados, y de sus propias estrategias<sup>8</sup>. De esa manera, la teoría de la dependencia les

---

nes del general, muchas veces unilaterales, especialmente sobre Heureaux, las ha seguido Welles de manera poco crítica. De la multitud de los estudios arriba mencionados: Wilfried Hardy Calcott, *The Caribbean Policy of the United States 1890–1920* (Baltimore 1942); Dana G. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900–1921* (Princeton 1964) además los compendios: Robert Freeman Smith (ed.), *The Caribbean: Its Political Problems* (Gainesville 1956); muy „relajado“ en el uso de los datos con fines de una interpretación crítica al imperialismo es: Whitney Perkins, *Constraint of Empire. The United States and Caribbean Interventions* (Oxford 1981), véase su descripción torcida de Heureaux, p. 40.

<sup>6</sup> Me baso sobre todo en las obras siguientes: Welles, op. cit., Frank Moya Pons, *Manual de Historia Dominicana* (Santiago, R.D., 6a. ed. 1981); Juan I. Jiménez Grullón, *Sociología Política Dominicana 1844–1966*, vol. I (1844–1898) (Sto. Dgo. 4a. ed. 1982); H. (ermannus) Hoetink, *El pueblo dominicano: 1850–1900*. Apuntes para una sociología histórica (Sto. Dgo. 2a. ed. 1972); en inglés: *The Dominican People 1850–1900* (Baltimore/London 1982) (en lo siguiente cito según la ed. ingl.). Una fuente muy usada por Hoetink, pero todavía de ninguna manera agotada, constituye la correspondencia de Ulises Heureaux, Copiador de cartas del Presidente Heureaux, Archivo General de la Nación, Sto. Dgo., (citado en lo siguiente como: cartas Heureaux).

<sup>7</sup> Véase sobre todo: Hans-Jürgen Puhle (ed.), *Lateinamerika. Historische Realität und Dependencia-Theorien* (Hamburg 1977).

<sup>8</sup> Eso muestra en el ejemplo venezolano Konrad Stenzel, „Die Entstehung des republikanischen Venezuela, oder: Die Grenzen des Kapitalistischen Fortschritts“, ibd., pp.168–192.

quita la responsabilidad histórica a las condiciones internas de los países latinoamericanos y a las actitudes de sus élites dirigentes, y la transfirió demasiado rápidamente a los actores y las estructuras en las metrópolis. En contraste, aquí trataremos de reconstruir cuáles eran la situación social y los problemas en la política interna, que repetidas veces empujaron a los líderes políticos de la República Dominicana en el siglo XIX a ofrecer su país entero o en parte para ser anexado por los poderes europeos o los EE.UU.

Con los términos „república de mulatos“ y „ofertas de anexión“ se ha apuntado hacia dos fenómenos centrales de la situación dominicana en el siglo XIX, cuyo condicionante histórico se menciona adelante.

Cristóbal Colón, en su primer viaje por el Atlántico, descubrió la isla „Haití“ o „Quisqueya“, como la llamaban sus entonces numerosos habitantes indígenas, los cuales en el transcurso de las siguientes décadas fueron totalmente extinguidos<sup>9</sup>. Después de haberla nombrado „Española“, la isla se convirtió en el primer centro de la conquista española en „Las Indias“, las regiones de las Indias Occidentales. Sin embargo, ya a mediados del siglo XVI comenzó la decadencia de la colonia de Santo Domingo, cuando las reservas locales de oro habían sido explotadas y cuando centros del poder de los virreinos de Nueva España y del Perú se trasladaron a Méjico y Lima. También las rutas marítimas por el Atlántico se ajustaron a aquella situación; así que Santo Domingo algo más que medio siglo después de su descubrimiento fatal, ya había bajado al rango de una colonia olvidada y despoblada del Imperio español. Este desarrollo fue acelerado por los piratas, sobre todo ingleses y franceses, antes de los cuales ya en 1605 había sido evacuado el oeste y el norte de la isla. Mientras la parte oriental española siguió en su estado de somnolencia y vivió una cierta mejoría, solamente en el transcurso de las reformas borbónicas en el siglo XVIII, la occidental, ocupada por los franceses, floreció gracias a su sistema de plantaciones trabajadas por esclavos negros.

Ahí, en el Saint-Domingue francés, comenzó en 1791 el levantamiento de aproximadamente 500.000 esclavos negros contra sus aprox. 30.000 amos blancos<sup>10</sup>, lo cual llevó a la fundación del Estado de negros, Haití. Santo Domingo, al otro lado, quedó colonia después de unos cambios de

---

<sup>9</sup> Moya Pons, *Manual*, ahí también lo sig.: véase Selden Rodman, *Quisqueya. A History of the Dominican Republic* (Seattle 1964).

<sup>10</sup> Según Hubert Herring, *A History of Latin America from the Beginnings to the Present* (New York, 3rd. ed. 1972), p. 427.

propietario causados por la guerra. La población era de casi 100.000 habitantes<sup>11</sup>, de los cuales un 20% eran negros, un 10% blancos puros y algo más de un 70% mulatos<sup>12</sup>.

## 2. ENTRE INDEPENDENCIA Y ANEXIÓN (1821-1868)

Fue después de las guerras de independencia en el continente latinoamericano, cuando los habitantes de Santo Domingo planearon el levantamiento contra el mal régimen de la „España Boba“. Pero el „Estado Independiente del Haití-Español“<sup>13</sup>, proclamado el día 1 de diciembre de 1821, no tenía ni siquiera la elección entre una fusión con la Gran Colombia de Simón Bolívar, favorecida por un grupo, y la anexión a Haití, propuesta por otros. El presidente de Haití Boyer ocupó Santo Domingo el 9 de febrero de 1822 y realizó con ello la anexión a Haití, que duraría casi dos docenas de años, de 1822 a 1844.

La experiencia con los gobernantes haitianos<sup>14</sup>, los cuales fueron recibidos con aplausos por una parte de la población, especialmente por los esclavos negros que fueron liberados, formó los primeros rasgos nacionales propios entre la población mulata y blanca, de habla española, de la parte oriental de la isla. Represión militar, expropiaciones en favor de los nuevos dueños, corrupción y un caos burocrático bajo el sello de la crisis permanente en la política haitiana, dejaron sentir la anexión cada vez más como una dominación extranjera de los negros haitianos, múltiples veces superiores en cuanto a su población numérica. Así se creó, sobre todo, aquella „enemistad heredada“, mezcla del miedo ante la superioridad del enemigo y del desprecio racista frente a los negros, que dominaría todo el siglo XIX y el siglo XX hasta hoy día.

De todos modos, el grupo conspirador dominicano „Los Trinitarios“ se aprovechó de las luchas civiles en Haití que siguieron al derrocamiento de Boyer para proclamar el 27 de febrero de 1844 la Independencia de San-

---

<sup>11</sup> Según una estimación la población en 1789 era de 125.000 y según un censo en 1819 de solamente 63.000 habitantes. Es incierto, si la diferencia se debe a otros métodos de cálculo o a la reducción de la población por las guerras.

<sup>12</sup> Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana*, tomo I (Sto. Dgo. 1983), p. 89.

<sup>13</sup> Moya Pons, *Manual*, p. 222, lo sig. *ibd.*, pp. 219-224.

<sup>14</sup> Del mismo, *La Dominación Haitiana* (Santiago, R.D., 2a. ed. 1972).

to Domingo, defendiéndola en varias batallas subsiguientes contra ejércitos invasores haitianos<sup>15</sup>.

Las victorias sorprendentes contra Haití, varias veces superior en cuanto a sus recursos, no dieron un sentimiento de seguridad a los dominicanos, ni mucho menos. Al contrario, produjeron dos elementos estructurales decisivos para la Primera República: en el interior imperó la institución del líder militar, el „caudillismo“<sup>16</sup>, sobre todo del héroe de las guerras, general Santana<sup>17</sup>, sobre los representantes civiles; en el exterior, los líderes dominicanos buscaron la protección de las potencias europeas, vecinas directas por sus propiedades coloniales en las islas antillanas.

Ya en vísperas de la guerra de Independencia, el político civil Buenaventura Báez<sup>18</sup> había conspirado con el cónsul general francés, Levasseur, para conseguir el protectorado francés a cambio de la entrega de la Bahía de Samaná con el fin de usarla como base naval<sup>19</sup>. Aunque la declaración de la Independencia por „Los Trinitarios“ se adelantó, el plan de Báez mantenía vigencia y fue continuado también por el general golpista Santana, hasta que el gobierno francés, preocupado por las protestas inglesas, lo rechazó definitivamente<sup>20</sup>. En los años siguientes, se hizo la misma oferta de protección a los ingleses, a los americanos y hasta a los españoles, sirviendo la Bahía de Samaná como carnada atractiva<sup>21</sup>.

<sup>15</sup> Del mismo, *Manual*, p. 281 y sig.; Welles, p. 63; Máximo Lovaton, „Las Guerras Dominico-Haitianas“, Tirso Mejía Ricart (ed.), *La Sociedad Dominicana durante la Primera República 1844–1861* (Sto. Dgo. 1977), pp. 307–319.

<sup>16</sup> Julio Genaro Campillo Pérez, „El caudillismo militar en la Primera República“, *ibid.*, p. 347; además: p. 375, „Comentario“, de Abel Fernández Mejía; Miguel Angel Monclus, *El Caudillismo en la República Dominicana* (Sto. Dgo., 4a. ed. 1983); en general véase: Peter Waldmann, „Caudillismo als Konstante der politischen Kultur Lateinamerikas?“, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 15 (1978), pp. 191–207; Hans-Jürgen Puhle, „Sehnsucht nach Revolution. Zur Typologie der Faktoren und Bedingungen des politischen Prozesses und des politischen Stils in Lateinamerika“, Klaus Lindenberg (ed.), *Politik in Lateinamerika. Interne und externe Faktoren einer konfliktorientierten Entwicklung* (Hannover 1971), pp. 13–32.

<sup>17</sup> Moya Pons, *Manual*, p. 297, en cuanto a los políticos mencionados véase: Rufino Martínez, *Diccionario Biográfico-Histórico Dominicano 1831–1930* (Sto. Dgo. 1971).

<sup>18</sup> Moya Pons, *Manual*, pp. 309 y sig.; Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Buenaventura Báez* (Sto. Dgo. 1969); Rufino Martínez, *Hombres Dominicanos*, tomo II: Santana y Báez (Sto. Dgo. 1943).

<sup>19</sup> Bell, *op. cit.*, p. 28.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 38, ahí también lo sig.; véase también Welles, *op. cit.*

<sup>21</sup> Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Samaná, pasado y porvenir* (Sto. Dgo., 2a. ed. 1973).

Aquel puerto natural, situado en el nordeste de la isla, cerrado al mar salvo en una estrecha entrada por la península del mismo nombre en el Norte y por una cadena de pequeños cayos unidos entre sí por arrecifes de coral, representaba una de las mejores bases navales en el Caribe y una de las más fáciles de defender, según el juicio uniforme de expertos navales. Hasta Napoleón había considerado fundar ahí una ciudad<sup>22</sup>. También el primer cónsul británico, Sir Robert Schomburgk, se interesó por Samaná. El dibujó en 1853 el primer mapa exacto de la región<sup>23</sup>.

Pero anteriormente, la sucesión entre cambios gubernamentales en el interior y guerras con Haití en el exterior sufrió una interrupción sorprendente, cuando el caudillo Santana, otra vez en el poder, terminó el experimento de la Primera República con la anexión a España<sup>24</sup>. La incapacidad de la administración colonial española, que ahora regresó al país, fue superada solamente por su corrupción y arrogancia, así que ya en 1863 surgió una guerrilla anti-española. Con la evacuación de las últimas tropas españolas en julio de 1865, se había realizado la „Restauración“ de la República Dominicana. En cuanto a su inestabilidad política, la Segunda República no se quedó atrás de la Primera<sup>25</sup>. Únicamente la cuarta presidencia de Buenaventura Báez, de un total de cinco y todas terminadas por insurrecciones, duró de 1868 hasta 1873 y por ello, por su entonces récord en persistencia, entró en la historia dominicana como „Los Seis Años“.

### 3. LOS „SEIS AÑOS“ DE BUENAVENTURA BÁEZ (1868–1873)

Buenaventura Báez<sup>26</sup>, nacido en 1812, fue uno de los pocos civiles, que lograron permanecer prolongadamente en el poder, o cuando desplazados de él, reaparecieron como candidatos presidenciales del partido opositor. Aunque él era como alcalde de Azua en 1844/45 también comandante local, su influencia verdadera se basó en los ciudadanos civiles y en la oligarquía agraria del sur, de Azua hasta Santo Domingo. Sin embargo, sería erróneo el intento de fijar de manera exagerada social y regionalmente a

<sup>22</sup> *Ibd.*, p. 20.

<sup>23</sup> *Ibd.*, p. 286.

<sup>24</sup> Moya Pons, *Manual*, pp. 337 y sig., ahí también lo sig.

<sup>25</sup> Tirso Mejía Ricart (ed.), *La sociedad dominicana durante la Segunda República 1865–1924* (Sto. Dgo. 1982); Hoetink, *op. cit.*

<sup>26</sup> Báez murió en el exilio puertorriqueño; en cuanto a Báez véase Rodríguez Demorizi, *Papeles*.

aquellos seguidores tan heterogéneos y fluctuantes de „Los Rojos“, que antes que nada seguían al carisma del líder Báez. Sus enemigos, „Los Azules“ también estaban constituidos por diferentes elementos, dependiendo de la situación, pero pertenecieron más a la región central de la isla, el Cibao, con su agricultura de ganado y tabaco, o a la costa Norte, donde en Puerto Plata residía la figura líder de „Los Azules“, Gregorio Luperón<sup>27</sup>.

Como ya indica la descripción de aquellos dos „partidos“, representando los dos colores nacionales de la República Dominicana, el rojo y el azul, tampoco los „Seis Años“ de la cuarta presidencia de Báez fueron sin peligro, sino amenazados por una cadena de conspiraciones y revueltas, pero todo se podía suprimir por una serie de medidas represivas sin escrúpulos y por manipulaciones electorales, hasta finales de 1873.

Con una constancia notable, Báez contraponía a esa inestabilidad interna su gran proyecto en la política externa: primero, la entrega de la Bahía de Samaná a los EE.UU. por el rapidísimo pago de una cuota elevada, y después la anexión de la república entera<sup>28</sup>.

Ya durante la tercera presidencia de Báez, en el invierno de 1865/66, su interés en una fuerza protectora extranjera coincidió con los esfuerzos del Secretario de Estado americano, Seward, para expandir la influencia estadounidense en Centro América después del término de la guerra civil. Como mediadores entre Washington y Santo Domingo actuaron dos personajes bastante oscuros: Joseph Fabens, un coronel americano, que se vanagloriaba de su participación en la anexión de Texas, y Cazneau, un general, quien defendió sus intereses de lucro hasta por el precio de un soborno abierto de los representantes estadounidenses.

De todos modos, Seward viajó a Santo Domingo a principios de 1866.

---

<sup>27</sup> Gregorio Luperón: *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, 3 tomos (Santiago, R.D., 2a. ed. 1939); Hugo Tolentino Dipp; *Gregorio Luperón. Biografía política* (Sto. Dgo. 3a. ed. 1981).

<sup>28</sup> Lo siguiente en el orden sucesivo de Welles, pp. 311–407; en el anexo también los textos de los contratos; en cuanto a los motivos de Báez, véase esp. sus discursos y cartas en: Rodríguez Demorizi, *Papeles*; desde un punto de vista contemporáneo-estadounidense: B.F. Wade et. al., *Report of the Commission of Inquiry to Santo Domingo* (Washington 1871) (una traducción al español con una introducción informativa y críticas dominicanas al respecto ha sido editada por Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Informe de la Comisión de Investigación de los E.U.A. en Santo Domingo en 1871* (Ciudad Trujillo 1960); Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norte América. Apuntes y documentos* (Sto. Dgo. 1964); importante también la relación de viaje del periodista Samuel Hazard, *Santo Domingo, Past and Present; with a glance at Haiti* (New York 1873, Reprint Sto. Dgo. 1973).



Sin embargo, su acuerdo básico con Báez quedó sin efecto, porque, a aquél lo derribaron „Los Azules“ bajo Gregorio Luperón, en mayo del mismo año. Es cierto, que su „liberalismo“ anti-baezista y su nacionalismo impidieron la discusión dentro del nuevo gobierno Cabral, mientras al mismo tiempo Washington estaba paralizado por el proceso de *impeachment* contra el presidente estadounidense, Johnson. Pero, sólo un poco atrasadas, comenzaron las negociaciones otra vez. Mientras tanto, a principios de 1868 y a través de una insurrección victoriosa, „Los Rojos“ ocuparon nuevamente el poder, y Baéz comenzó el 2 de mayo de 1868 su cuarta presidencia, esta vez duradera hasta el 2 de enero de 1874. En su discurso inaugural prometió „hacer un último intento para salvar a su país ante la ruina inminente“<sup>29</sup>. De todas maneras el agente comercial americano Smith cablegrafió el 24 de octubre de 1868 al secretario de Estado Seward, que Báez no solamente propondría la entrega de la base naval de Samaná, sino además la fusión del país entero con los EE.UU.

Mientras Báez, en espera de la toma de posesión por parte del presidente Grant – cuya incapacidad y corrupción superara hasta la de su precursor – trataba de sobrevivir con un empréstito inglés logrado por intermedio de un tal Hartmont<sup>30</sup>, bajo condiciones pésimas, se extendían intentos de golpe y la guerrilla de „Los Azules“ en el norte y en el oeste, lo que Báez pudo sofocar únicamente a través del aumento de la represión y con la presencia de barcos de guerra norteamericanos. Había un clima político tal, que el referéndum del 19 de febrero de 1870 sobre los dos contratos de fusión y base militar<sup>31</sup>, firmados el 29 de noviembre del año anterior, no puede ser del todo convincente con sus 16.000 votos en pro y sus 11 votos<sup>32</sup> en contra, aunque se considere la costumbre política generalizada en la República Dominicana de entonces, de que sólo los simpatizantes del partido en el poder participaran en las elecciones<sup>33</sup>.

Sin embargo, el senado estadounidense rechazó ambos acuerdos con 28:28 votos, gracias tanto a la oposición generalizada contra la ejecutiva

<sup>29</sup> Cit. seg. Welles, op. cit., p. 343; su crítica siguiente, de que Báez haya sido interesado únicamente en evitar su propia ruina, me parece exagerada, como demostraré.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 356 y sig.; en cuanto a la situación financiera, véase Hoetink, pp. 69–92; César A. Herrera, *Las Finanzas de la República Dominicana*, tomo I (Ciudad Trujillo 1955); Antonio de la Rosa, *Las Finanzas de Santo Domingo y el control americano* (Trad. del francés (1915) Sto. Dgo. sin año).

<sup>31</sup> Welles, op. cit., p. 379.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 385.

<sup>33</sup> Hoetink, op. cit., p. 120; véase también en: Julio G. Campillo Pérez, *Elecciones Dominicanas* (Sto. Dgo. 1981).

de Grant, como a la opinión especial del senador del bloque mayoritario, Charles Sumner, quien, como viejo abolicionista que era, no quería estrangular de ninguna manera los experimentos de autogobierno en repúblicas de gente de color como Haití y Santo Domingo<sup>34</sup>.

Tampoco el informe sobre los recursos naturales, posibilidades de desarrollo y deseos de fusión en la República Dominicana, en conjunto positivo, rendido por una comisión investigadora del senado estadounidense en 1871<sup>35</sup>, pudo cambiar de opinión a la mayoría del senado<sup>36</sup>. El plan desesperado de Báez, de conseguir finalmente los esperados impulsos para un desarrollo a través de una concesión muy amplia a una „Samaná Bay Company of Santo Domingo“ de carácter capitalista-privado, fracasó, porque el contrato de concesión, ratificado en 1873 fue anulado en 1874 por los revolucionarios „azules“ victoriosos. De todos modos, la identificación propagandística entre anexión y dictadura de Báez tenía como consecuencia, que aquella variante de una política dependiente quedó como tabú hasta principios de los años 90 del siglo XIX.

En una ponderación de los argumentos en pro y en contra no se puede seguir a la crítica „liberal-nacionalista“ de „Los Azules“ en todos los puntos<sup>37</sup>. Es cierto, que Báez no sólo refrenó la represión<sup>38</sup> a fin de mantenerse en el poder, así como también se aprovechaba para su propio bolsillo de los créditos en el extranjero y de las rentas esperadas por Samaná, aunque aquello último era lo normal dentro de un concepto estatal que (todavía) no distinguía pulcramente entre persona y función<sup>39</sup>. Pero la corrupción de los negociadores entre Santo Domingo y Washington, y sobre todo, la de los ya mencionados Fabens y Cazneau como la del secretario privado de Grant, Babcock, sobrepasó tanto los límites de lo usual, que el senado estadounidense tuvo que reconocerlo como un escándalo.

---

<sup>34</sup> Welles, op. cit., p. 393; en p. 37 extractos del discurso ante el Senado de Charles Sumner. Trad. al español en: Rodríguez Demorizi, *Proyecto*, pp. 116–125; ahí más material en pro o en contra de la anexión. De todos modos, sin temor a equivocarse se puede suponer que el voto negativo de los senadores estadounidenses se debió al interés de no incorporar más territorios con población de color después del fracaso de la participación de negros en los gobiernos de los Estados del Sur durante la era de reconstrucción.

<sup>35</sup> *Report of the Commission/Informe*.

<sup>36</sup> Welles, p. 399, ahí p. 405, lo siguiente.

<sup>37</sup> Como lo hace Welles, siguiendo sin reservas a sus informantes.

<sup>38</sup> Una lista de las víctimas de Báez en Rodríguez Demorizi, *Papeles*, p. 284.

<sup>39</sup> Una polémica sobre los juicios sobre Báez *ibid.*, p. 362; en el mismo tomo, más contribuciones contemporáneas críticas; en cuanto a la separación entre persona y función en Sto. Dgo. véase Hoetink, op. cit., pp. 74–82.

De todos modos, los deseos dictatoriales y de lucro explican, tal vez, el proyecto de Samaná, donde ganancia y presencia de la flota estadounidense prometían juntarse tan felizmente para Báez, pero no explican el plan de anexión tan tercamente perseguido, cuya realización hubiera probablemente significado la introducción de una situación relativamente ordenada y democráticamente controlada. Por lo tanto, habrá que tomar más en serio las motivaciones del Boletín Oficial del presidente Báez del 19 de febrero de 1870, emitido con motivo del referéndum, donde declaraba<sup>40</sup>, que anexión significará salvación, porque obligará a Haití a respetar los derechos dominicanos (. . .) y porque convencerá a todos los dominicanos de posponer las disputas políticas.

Al lado de los argumentos de la política externa se puso, equivalente, el proyecto de la política interna, es decir, acabar con la insana inestabilidad política del país a través de la importación de instrumentos estatales de estabilización (aquí en su versión más amplia: la anexión). No solamente Báez, sino todos los gobiernos dominicanos a partir de 1821, buscaron el apoyo extranjero, en diferentes versiones, mientras al mismo tiempo – dicho sea de paso – todos los movimientos opositores (incluyendo „Los Rojos“ del mismo Báez) denunciaron tales medidas gubernamentales como traición nacional<sup>41</sup>. En pro del proyecto de anexión del año 1868 habría quizás que apuntar el prestigio, que los EE.UU. bajo Abraham Lincoln habían ganado por la liberación de los esclavos en la guerra civil, y el cual todavía no habían perdido.

#### 4. „CAUDILLOS“ Y „REVOLUCIONES“ EN EL VACÍO DE PODER DOMINICANO

Ya que el anhelo de dependencia nació de la imposibilidad de resolver la miseria interna por la propia fuerza – según mi tesis – y así lo comprueban no sólo las declaraciones gubernamentales oficiales, sino también las respuestas de ciudadanos dominicanos a las preguntas de la Comisión estadounidense de 1871, a las cuales en su mayoría no falta de ninguna manera la credibilidad<sup>42</sup>. Comenzando por la esperanza de una mujer pobre, que no se pudiera reclutar a sus hijos forzosamente después

<sup>40</sup> Cit. en Welles, op. cit., p. 385.

<sup>41</sup> Véase los diferentes panfletos con acusaciones de traición en Hazard, op. cit., p. 496.

<sup>42</sup> En *Informe*, pp. 407–604; testimonios similares en Hazard.

de la anexión<sup>43</sup>, así como el deseo de un funcionario estatal en Puerto Plata por seguridad social, un catastro ordenado y una tramitación hereditaria a favor de sus hijos, hasta el voto positivo de un ciudadano de Santa Bárbara en la península de Samaná, cuyo interés por un aumento en el valor de sus terrenos armonizaba bien con una retórica generalmente en pro de „un gobierno fuerte y responsable“<sup>44</sup>

En la mayoría de tales respuestas se mezcló la esperanza por una mejoría personal con la de una estabilidad política, que desde hacía dos generaciones de guerras nacionales y civiles hacía falta dolorosamente. Muchas de las esperanzas proyectadas hacia los EE.UU. se vieron frustradas probablemente tan rápido como las ambiciones de uno de tantos líderes de pandillas llamados „general“, quien preguntaba al periodista americano Samuel Hazard cual sería el rango militar que él ocuparía después de la anexión a los EE.UU. Hazard respondió al general, burlescamente: „... el (rango) honorable de un ciudadano y la libertad absoluta de buscarse trabajo cuando y donde quiera“<sup>46</sup>.

Si las peticiones a fuerzas extranjeras se imponían cada vez más a los gobiernos y a los habitantes como única salida del círculo vicioso de las guerras civiles, entonces hay que investigar más a fondo sobre aquella constitución social y política especial del país, la que aparentemente ofrecía tan poca esperanza para una estabilidad interna. Reducido a forma de tesis, se puede esbozar lo siguiente:

1. Socio-económicamente, la República Dominicana fue hasta 1870 todavía un territorio poco poblado, atrasado y sin adecuadas vías de comunicación, en el cual se practicaba, sobre todo, la ganadería extensiva y un poco de agricultura para la subsistencia. Por lo tanto, había hasta el último tercio del siglo XIX formas agrarias de propiedad común, que originalmente combinaban propiedad de extensos terrenos por grupos familiares con el usufructo individual por algún tiempo de diferentes terrenos y recursos, dependiendo de las necesidades. Pero paso a paso, aquellos sectores se convirtieron en propiedades de tierra bien definidas e inexorables, apropiándose la oligarquía agraria de la mayor parte. La cultura de las

<sup>43</sup> *Ibd.*, pp. 188 y sig.

<sup>44</sup> Informe, p. 419.

<sup>45</sup> Trad. libremente según Hazard.

<sup>46</sup> En cuanto a lo sig. sobre todo Moya Pons, *Manual*; Mejía Ricart, *La Sociedad Dominicana, durante la Primera República y . . . durante la Segunda República*; Casasa, *Historia*, tomo 2, cap.XVI; Hoetink, *op. cit.*

plantaciones, floreciendo desde el siglo XVIII, no había pasado por el país y los pocos asentamientos urbanos, especialmente afectados por las numerosas guerras, vegetaban como mercados locales o, como en el caso de Puerto Plata en el norte y Santo Domingo en el sur, como puertos para un comercio exterior sumamente reducido.

2. Las estructuras básicas de toda acción social eran, por lo tanto, las sociedades regionales casi-independientes: „cada ciudad, cada pueblo y municipio era una pequeña república“ así que „todo era intranquilidad y caos“, como recuerda en 1893 retrospectivamente el autor de una carta a un periódico<sup>47</sup>. Dentro de las comunidades dominaban, a través de lazos familiares y de compadrazgo, las relaciones de clientela, patriarcalmente lideradas.

3. El Estado desapareció casi totalmente junto con las últimas tropas coloniales – si es que alguna vez hubo un Estado de tamaño relevante en esta provincia colonial atrasada. Los únicos ingresos públicos de una cierta regularidad eran los impuestos aduaneros. En un país sin un aparato de funcionarios estatales instruidos, cuyos „oficiales“ cambiaban por lo menos con cada „revolución“, sino mucho más frecuentemente aún, con una economía nacional sin moneda propia y con numerosas facilidades para el contrabando, aquello significaba tan poco, que hasta 1893 los funcionarios estatales, incluyendo los secretarios de Estado recibían pagos diarios, si es que recibían alguno<sup>48</sup>. En la provincia se pagaban los sueldos a través de Juntas de Créditos locales, las cuales recibían con este fin resguardos de deuda del gobierno, los cuales a su vez se cobraban a través de las cuotas portuarias, – un círculo vicioso económico<sup>49</sup>.

4. Por un lado, había demasiados militares en la república: Luperón habló en los años 80 de casi 1000 generales (con una población total de 200.000<sup>50</sup>). Pero por el otro lado, no existía un ejército regular. En 1870, Báez tenía a su mando un máximo de 5 batallones con un total de menos de 2.000 hombres<sup>51</sup>. De las guerras por la Independencia y sobre todo, de la guerrilla de 1863–65, habían salido un sinnúmero de pandillas militares, que todas seguían a sus caudillos respectivos. La lealtad de aquellos se vendía casi en el mercado político<sup>52</sup>.

<sup>47</sup> Listín, 6.1.1893, cit. seg. Hoetink, op. cit., p. 52.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 96 y p. 98 en cuanto al tipo del general criollo.

<sup>52</sup> *Ibid.*

5. La política tenía tres niveles diferentes: „Abajo“ estaban las relaciones de clientela locales, las cuales arreglaban la vida diaria de las comunidades; en un „nivel mediano“ grupos de líderes regionales podían formar alianzas y juntarse alrededor de un representante sobresaliente. Las pandillas militares, que también actuaban en un nivel regional, estaban más o menos estrechamente afiliadas a estos sistemas de clientela regional, de tal suerte, que el caudillo regional normalmente podía disponer de una base de poder militar-civil mixta; en la superestructura había, por la falta de un Estado centralizador, espacio libre para coaliciones de casi cualquier combinación, las que pertenecían sólo superficialmente a uno de los dos „partidos“ competidores, „Los Azules“ y „Los Rojos“ (por un cierto tiempo, además, „Los Verdes“). De todos modos, atribuciones ideológicas estables a esos partidos, no se pueden sostener.

6. En el espacio político esbozado, se dieron siempre los mismos patrones de actitud con variaciones fatigosas: equipado con el carisma de su liderazgo partidario y regional, un caudillo tomaba el poder estatal, se dejaba confirmar por la aclamación „electoral“ de sus seguidores y ocupaba las respectivas funciones parlamentarias y gubernamentales. Entonces se disipaba o se „cotidianizaba“ — para hablar como Max Weber — su carisma „revolucionario“.

En la vida cotidiana de los sistemas socialmente tradicionales de clientela regional, el presidente no era, sin embargo, nada más que un caudillo entre los otros muchos que conspiraban, que se levantaban usualmente en la región agrícola del Cibao relativamente desarrollada, o en la costa norte o en el noroeste o en el suroeste, que marchaban hacia Santo Domingo para imponer un presidente nuevo.

7. Cada gobierno tenía que emplear entonces la supresión de los caudillos regionales como conspiradores potenciales para mantenerse en el poder, y por ello tratar de ampliar el aparato estatal rudimentario, como contrapeso contra los caudillos regionales. De ahí las peticiones de ayuda extranjera, o directamente militar, o indirectamente financiera. El único valor real, que el gobierno podía ofrecer para tales peticiones, era la Bahía de Samaná, porque era apta como base naval.

El proyecto de anexión de Báez quedó, por un lado, dentro de la lógica del mantenimiento del gobierno frente al vacío de poder en el interior, pero por el otro traspasó los límites de una solución *ad-hoc*, en cuanto intentó la importación directa de las fuerzas estabilizadoras concentradas de los modernos poderes de orden: capitalismo y burocracia estatal, *made in U.S.A.*

Así que la respuesta citada del periodista Hazard al general ávido de rangos, apuntó al blanco del problema: abolición del clientelismo y caudillismo por la lógica de la ciudadanía y del trabajo asalariado del capitalismo. Sin embargo, la historia tomó otro rumbo después del fracaso del proyecto de anexión de 1871: la introducción de nuevas y modernas plantaciones de azúcar, orientadas hacia la exportación, aumentó potencialmente el margen financiero del gobierno, lo que el dictador militar Ulises Heureaux trató de usar para la estabilización de su poder.

##### 5. MAQUIAVELO EN EL CARIBE. EL TIRANO „LILIS“ (1882–1899)

Ulises Heureaux, llamado „Lilís“, muchos años líder militar del „Partido Azul“, elegido presidente en 1882, se había aprovechado de las elecciones presidenciales en 1884 para poner a los jefes de „Los Azules“ el uno contra el otro y para aislar al líder político (y su protector de muchos años) Gregorio Luperón, y poder ocupar el cargo de presidente a partir de 1886 indiscutiblemente (hasta su asesinato en 1899). Como tema principal de su política y además como explicación del porqué él reanudó ciertos proyectos de la era Báez en una forma característicamente cambiada, puede servir su carta a Luperón del 28 de junio de 1882. Luperón estaba viajando por Europa, adaptando teorías que sonaban bonitas y haciendo grandes ensayos críticos para el desarrollo de un sistema fiscal en la República Dominicana<sup>53</sup>:

„He meditado mucho lo que Ud. nos dice sobre impuestos y he comprendido que sus amistosos reproches son hijos del ardiente deseo que Ud. tiene de ver a Santo Domingo alzarse ante el mundo civilizado y poderoso que Ud. recorre, valiendo tanto como cualquiera otro de esos pueblos. ¡Pero ay! mi querido general, los que queremos somos tan pocos, en presencia de los que nada quieren! Para lograr lo que hemos logrado ha sido menester la palanca de Arquímedes, y sin embargo estamos en el principio; y es que las enfermedades crónicas no aceptan remedios heroicos, porque el enfermo ha perdido la fuerza y la sabia.

Si Ud. estuviera aquí sobre el potro vería a cada paso la inercia, la terquedad, la hostilidad, la resistencia de amigos y no amigos, oponer mil pretextos, dudas, intereses, sospechas, incredulidades, en fin un cúmulo tal de obstáculos que para removerlos sería preciso prescindir de toda ley y en su lugar establecer un ejército y una guillotina. Y ni así obtendríamos un resul-

<sup>53</sup> Heureaux a Luperón, 28.6.1882, Cartas Heureaux.

tado completo, porque aunque anularemos la hostilidad, quedaría la inercia y ésta es en política más perniciosa que aquélla“

Así que no es sorprendente, que Heureaux llevara siempre dos libros consigo: „El Príncipe“ de Maquiavelo, y una novela, „Amalia“, que se desarrolla en la Argentina del dictador Rosas. En su citada carta a Luperón, Heureaux desarrolló de manera casi programática para el primer año de su presidencia un concepto de modernización para la República Dominicana, basado un crecimiento económico a través de inversiones extranjeras. Sólo entonces sería posible movilizar el pueblo para introducir reformas tan sensibles como un proyecto de impuestos<sup>55</sup>. Heureaux buscó diferentes soportes extranjeros, los cuales trató de cambiar y combinar de manera tal, que su propia posición siguiera estabilizándose, porque le pareció poco prometedor tratar de salvarse por fuerza propia, como le había demostrado la suerte de sus 28 precursores como presidentes, desde 1844<sup>56</sup>. Será discutible, hasta qué punto él se había enredado entre tantos lazos extranjeros, o si por el contrario fue su asesinato en 1899, que destruyó la malla exitosamente anudada. Pero antes que nada, dejemos seguir a algunas de sus actividades, presentadas en forma de tesis necesariamente reducidas y agravadas<sup>57</sup>.

<sup>54</sup> Según Hoetink, op. cit., p. 161, en cuanto a Rosas, quien era un personaje clave en el caudillismo latinoamericano, véase John Lynch, *Argentine Dictator* (Oxford 1981).

<sup>55</sup> „Ante tan fuerte muralla de inconvenientes es permitido al hombre por enérgico que sea y precisamente porque lo es, suponer que más vale diferir los beneficios de una vida activa y grande para conservar lo que tenemos, inerte y oscura. Y así como usted mismo lo prueba con los hechos de su misión, la Europa nos juzga ya bien, el pensamiento industrial nos coloca en el número de los países explotables por empresas de fomento y en el interior del país crecen éstas de un modo admirablemente rápido y vienen hacia nosotros espontáneamente capitales y empresarios, justo es pensar que el tiempo y los resultados de lo que se está haciendo pondrá al pueblo a pesar suyo, en el caso de aceptar si no de iniciar, reformas sensibles (. . .) Reina la paz, termina la zafra y no falta animación en el comercio“. Véase nota 53.

<sup>56</sup> Hoetink, op. cit., p. 115; datos exactos sobre el gobierno en Moya Pons, *Manual*, pp. 613 y sig.

<sup>57</sup> Juan Vicente Flores, *Lili, el sanguinario machetero dominicano* (Curaçao 1901); Horacio Blanco Fombona, *El tirano Ulises Heureaux* (3a. ed. sin lugar y fecha); Rufino Martínez, *Hombres Dominicanos*, tomo 1: *Deschamps, Heureaux, Luperón* (Ciudad Trujillo 1936); del mismo, *Hombres Dominicanos*, tomo 3: *Trujillo y Heureaux* (Sto. Dgo. 1965); Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Cancionero de Lili. Poesía, dictadura y libertad* (Sto. Dgo. 1962); Augusto Vega, *Anécdotas de Ulises Heureaux (Lilis) 1846–1899*, (Ciudad Trujillo, 2a. ed. 1955); Vigil Díaz, *Lilis y Atejandro* (Ciudad Trujillo 1956); Víctor M. de Castro, *Cosas de Lili* (1919, reimpresión Sto. Dgo. 1977); Welles, op. cit., pp. 444–540; Moya Pons, *Manual*, pp. 413–426; Jiménez Grullón, p. 303–442; cartas Heureaux (nota 6) a cuya base el autor actualmente está preparando un amplio estudio; además quiero expresar mi agradecimiento a Jaime Domínguez, quien me permitió amablemente consultar su todavía inédito manuscrito: La dictadura de Ulises Heureaux.



El *boom* en la producción agrícola orientada hacia la exportación, iniciado en la mitad de los años 70, fue la más importante condición socio-económica para el intento de Heureaux de una estabilización del poder<sup>58</sup>. La fuga de capitales de una Cuba en este entonces todavía española y fuertemente golpeada por rebeldías, y sobre todo, las inversiones europeas, llevaron desde 1875 hasta 1882 a la fundación de 30 modernas plantaciones de azúcar con sus industrias de elaboración, los ingenios, sobre todo en la costa sur<sup>59</sup>. Tan sólo desde 1888 hasta 1897 se duplicó la producción de azúcar, sin olvidar las exportaciones de tabaco y cacao, sobre todo del Cibao. Heureaux trató de fomentar este auge económico a través de la promoción de inmigrantes e inversiones de capitales extranjeros, y a través del mejoramiento de la infraestructura<sup>60</sup> (construcción de puertos, carreteras, ferrocarriles, red telegráfica, esta última también para el aceleramiento de la transmisión de informaciones en interés de su permanencia en el poder)<sup>61</sup>.

Con el auge económico, dependiente del mercado mundial, también la estructura social comenzó a cambiar. Los regionalismos perdieron su exclusividad. El Cibao cedió su posición líder al sur, productor de azúcar. Surgió una clase media urbana y una cierta clase obrera<sup>62</sup>. Al mismo tiempo, se formó en el comercio, en el área financiera y sobre todo en la industria azucarera capital-intensiva, una nueva oligarquía. Debido a sus condiciones de producción, la industria de azúcar era „oligárquica“ y la de tabaco era más „democrática“, puesto que en la última trabajaban pequeños terratenientes<sup>63</sup>. Esa nueva burguesía entró en una alianza opor-

<sup>58</sup> En general, los años 80 y 90 marcaron la era del crecimiento económico orientado hacia la exportación en toda América Latina. Véase Bill Albert, *South America and the World Economy from Independence to 1930* (London 1983), esp. p. 29.

<sup>59</sup> Hoetink, op. cit., pp. 6 y sig.; Cassá, *Historia*, tomo 2, pp.121–158; Juan J. Sánchez, *La Caña en Santo Domingo* (Sto. Dgo. 1893, reimp. 1972); Antonio Llubes, José del Castillo, Ramón Albuquerque, *Tabaco, Azúcar y Minería* (Sto. Dgo. 1984).

<sup>60</sup> Hoetink, pp. 32, 57; Cassá, *Historia*, tomo 2, pp. 159–190; véase también el discurso inaugural de Heureaux del 28.2.1897, cit. en Welles, op. cit., p. 539.

<sup>61</sup> Heureaux desarrolló un Código Telegráfico que debía permitir una información rápida sobre desórdenes y contramedidas. Sus listas son un testimonio interesante sobre con qué Heureaux contaba. Citas de ello en Hoetink, op. cit., pp. 57, 164.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 165; véase como obra básica Jaime Domínguez, *Notas económicas y políticas sobre la República Dominicana 1865–1886*, 2 tomos (Santo Domingo 1894).

<sup>63</sup> Así la crítica de Bonó y Hostos, dos líderes intelectuales; Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Pedro F. Bonó* (Barcelona, 2a. ed. 1980), pp. 154–166, 190–250, 258–267, 353–398, esp. p. 363; del mismo (ed.), *Hostos en Santo Domingo*, vol. I (Ciudad Trujillo 1939), esp. pp. 159–182, 227–235; vol. II (Ciudad Trujillo 1942), esp. pp. V–LXVIII, 57–79, 103–109; Hoetink, op. cit., pp. 10, 14, 66.

tuna con Heureaux, con ciertas reservas: a ella no le convenía la inestabilidad política.

Con el *boom* en las exportaciones, los ingresos aduaneros se duplicaron en el último tercio del siglo XIX, ofreciendo por primera vez una base financiera realista para la ampliación de las actividades estatales.<sup>64</sup> Sin embargo, los crecientes ingresos públicos quedaron por debajo de las pretensiones del presidente Heureaux en cuanto a sus ingresos personales y en cuanto a una rápida consolidación y expansión del aparato estatal. Cuando una vez se retrasó el pago de algún dinero americano, él anotó con una lógica irresistible, que él no podía pedir a los rebeldes que aplazaran su levantamiento hasta que llegaran los subsidios<sup>65</sup>. Como salida se ofreció el empeño de los futuros ingresos aduaneros para préstamos inmediatamente pagaderos. Así se multiplicó la deuda estatal exactamente a través del crecimiento económico.

En su política financiera Heureaux trataba de balancear entre cuatro diferentes grupos de prestamistas, de manera tal, que pidió de cada uno un máximo de empréstitos, sin darle todas las ventajas a uno solo<sup>66</sup>:

(1) Primero trató de liquidar la deuda más peligrosa para su permanencia en el poder, a saber, la deuda estatal interna con las ya mencionadas Juntas de Crédito, a través de préstamos en el extranjero y la fundación de un Banco Nacional. (2) Con ese fin, se sirvió de un partidario, don Generoso de Marchena, quien dirigía el Banco Nacional con capital francés y quien negoció diversos préstamos con el banco holandés Westendorp. Por ello, Westendorp recibió el 35% de los ingresos aduaneros, los cuales una „Caja de Recaudación“ debía cobrar, y de la cual se debían pagar los préstamos. (3) Como otro prestamistas, Heureaux atrajo al gobierno haitiano, del que exigió el pago por derechos sobre ciertas regiones fronterizas, las cuales sin embargo, habían sido pobladas desde hacía mucho tiempo por haitianos. (4) Cuando más pesado se hizo el monto de las deudas europeas, más se acercó Heureaux a los americanos. Con este propósito, él presentó una jugada sumamente complicada, la cual se esbozará a continuación.

Las operaciones de Heureaux entre 1891 y 1893 son únicamente com-

---

<sup>64</sup> *Ibd.* p. 64.

<sup>65</sup> Wehler, *op. cit.*, , p. 106; Welles, *op. cit.*, , p. 487.

<sup>66</sup> Lo sig. resumido por Hoetink y Welles; un cuadro coloreado de aquellas manibras y de sus motivos pinta la correspondencia de Heureaux, esp. los tomos 1888/89, 1892/93 y 1893.

prensibles por su deseo de balancear entre dependencias internas y externas. Detrás de los sucesos confusos se hace visible una red de cinco principales líneas de acción:

(1) Un contrato de comercio con los EE.UU., ya en 1883 propuesto por Heureaux y en 1891 finalmente ratificado, abrió el mercado norteamericano a las exportaciones dominicanas de azúcar<sup>67</sup>. (2) Heureaux compró la protección americana contra las protestas inmediatas europeas por la preferencia recíproca cedida a los EE.UU. a través de negociaciones con los EE.UU. sobre una base naval en las Bahía de Samaná (Alemania amenazó con el paro de las importaciones de tabaco, lo que hubiera llevado a la rebelión al Cibao notoriamente rebelde, como región principal de la agricultura tabacalera). Sin embargo, tan pronto como el peligro europeo pareció disiparse, congeló las negociaciones<sup>68</sup>. (3) Evadió el pago de los préstamos de la Westendorp a través de la exoneración a consignatarias residentes en el país. Por estas exoneraciones y por permitir la introducción de contrabando de muchas mercancías, los agentes aduaneros y el presidente recibían cuantiosas sumas de dinero; por eso el 35% de los ingresos aduaneros no podía ser suficiente, debido a ello, sumas cuantiosas terminaron en los bolsillos de los aduaneros dominicanos<sup>69</sup>. Al mismo tiempo, Westendorp se había excedido tanto con la construcción del ferrocarril Puerto Plata-Santiago, que se derrumbó toda la inversión dominicana de este banco<sup>70</sup>. (4) Mientras tanto, el jefe del Banco Nacional, Generoso de Marchena, quien había negociado todos los créditos europeos se hizo peligroso en la política interna, cuando él se presentó en la campaña electoral de 1892 con un refinado concepto de saneamiento financiero, negociado con bancas europeas, como competidor, lo que resultó ser mortal para aquél<sup>71</sup>. Este cambio abrupto de una dependencia exterior hacia una amenaza en la política interna, era para Heureaux el último empuje para negociar con nuevos prestamistas estadounidenses. (5) Ahora Heureaux aceptaba la transferencia de las deudas extranjeras contratadas a la empresa estadounidense San Domingo Improvement Company, la cual se hizo cargo también del Banco Nacional.

Heureaux utilizó su margen financiero aumentando sobre todo el ensanchamiento de su poder, es decir, para un ejército parcialmente ya profe-

<sup>67</sup> Welles, *op. cit.*, pp. 464, 479.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 478; Wehler, *op. cit.*

<sup>69</sup> Welles, *op. cit.*, p. 494; Hoetink, *op. cit.*, p. 88.

<sup>70</sup> *Ibid.*

<sup>71</sup> Welles, *op. cit.*, p. 497; Hoetink, *op. cit.*, p. 89.

sionalizado, bajo su mando<sup>72</sup>, un aparato estatal creciente, una infraestructura centralizadora del país, — y no como último — sus gastos personales. Llamar a esto corrupción sería como medir a una sociedad con una regla que no es la suya. Heureaux mismo mencionó varias veces en sus cartas la ficción de la separación entre persona y función<sup>73</sup>, irónicamente. Por un lado había el enriquecimiento personal a través de bienes estatales, que en el caso de Heureaux, sin lugar a dudas, llegó a dimensiones exorbitantes, pero por el otro lado estaba el empleo de sus bienes personales como apoyo para su propia clientela en situaciones de apuro<sup>74</sup>. Con ello ya tocamos el problema general de las técnicas de dominación empleadas por Heureaux. El usó, sin lugar a dudas, la represión más brutal donde le pareció necesaria; pero al mismo tiempo buscó para su gabinete una coalición de representantes de grupos lo más representativa posible, ofreciendo integración en su grupo hasta a anteriores conspiradores, fiel a la doctrina de Maquiavelo<sup>75</sup>. Un juicio histórico adecuado no puede basarse únicamente en reglas morales o ideales liberales, las cuales en la sociedad dominicana de aquel tiempo no tenían ninguna base real<sup>76</sup>.

En el transcurso de los años 90, los síntomas de crisis y las pesadas dependencias se agravaron para el gobierno de Heureaux. Una vez más trató de jugar un roque en la política interna y externa, cuyas líneas principales de acción fueron:

(1) El financiamiento inflacionario de sus enormes necesidades económicas había totalmente devaluado los billetes bancarios, las llamadas „paquetitas de Lilís“. Una reforma monetaria era inevitable. Con este fin,

<sup>72</sup> *Ibd.*, p. 101, ahí también lo sig.

<sup>73</sup> El escribió p. ej. como enviado plenipotenciario del gobierno al entonces presidente dominicano arzobispo Meriño un informe largo, fechado el 15 de febrero de 1882, en el cual después del párrafo: „Política — aparentemente todo está tranquilo, no hay propaganda, ni desórdenes“ sigue hablando sobre sí mismo: „Situación de Lilís — Este infeliz se encuentra enteramente arruinado, obligado a aparentar lo que verdaderamente no es, debe por lo menos \$2,500 y cuya inversión ha sido autorizada por el Gobierno, pues este pobre amigo para ayudarnos ha tenido que hacer grandes sacrificios tanto en el Gobierno como en las Compañías de préstamos. Haga empeño padre y tráigale a ese buen servidor con que poner a cubierto su crédito que tanto necesitamos“.

<sup>74</sup> Hoetink, *op. cit.*, p. 81.

<sup>75</sup> Hoetink y Welles concuerdan en este asunto. El juicio negativo de este último depende, probablemente, de su testigo principal Vásquez, uno de los principales conspiradores contra Heureaux. Además, influyen también prejuicios racistas contra el negro vivo, vanidoso, violento y sexualmente insaciable, que fuera Heureaux.

<sup>76</sup> Sobre este punto escribe Heureaux concisamente al Secretario de Guerra y Marina, Pichardo, el 27 de junio de 1882, *Cartas a Heureaux*, parcialmente cit. en Hoetink, *op. cit.*, p. 129.

Heureaux sacó los viejos planes de Generoso de Marchena de las gavetas y acordó con bancos europeos un paquete completo de medidas de saneamiento<sup>77</sup>. (2) Con ello quería salir también de la dependencia unilateral de la empresa norteamericana San Domingo Improvement Company, la cual evidentemente estaba frustrada por las mismas dificultades que ya diez años antes habían causado la liquidación de los negocios dominicanos de Westendorp<sup>78</sup>. (3) Al mismo tiempo, le preocupó el poder americano en el Caribe, creciendo después de su victoria sobre España en 1898. En conversaciones con representantes estadounidenses, él respondía a sus frases diplomáticas cada vez más con referencias sobrias sobre las reglas de la política del poder, según las cuales el más fuerte toma lo que quiere<sup>79</sup>. Después del fracaso de un intento de negociación poco antes de esta guerra, él trató de desviar los deseos anexionistas americanos hacia Cuba como lo había tratado hacía apenas 10 años en el caso de Haití<sup>80</sup>. (4) Heureaux sospechaba que Washington cooperaba con conspiradores dominicanos en contra suya y propuso a los EE.UU. un convenio, que preveía la cooperación tanto en el caso de una guerra, como contra todos los rebeldes<sup>81</sup>.

Todas esas actividades denuncian la intención de que las dependencias extranjeras no se hicieran omnipotentes, pero al mismo tiempo poder seguir aprovechándose de los resultados económicos de la dependencia extranjera. Heureaux combinó un cálculo sobrio del margen de acción política limitado, que tenía un pequeño Estado en la era del imperialismo, con el terco intento, cada vez más desesperado, de abrirse su propio camino jugando con diferentes dependencias. El era más que consciente de esta situación paradójica, como lo prueba la siguiente anécdota, bastante confiable en el contexto de otros autodocumentos de Heureaux: en 1893,

<sup>77</sup> Heureaux a Bidó, 17.1.1899, cartas Heureaux, así como toda la correspondencia del año 1888/89 gira alrededor de los problemas financieros.

<sup>78</sup> En 1899, Heureaux había hipotecado una parte de los impuestos azucareros con el propietario dominicano Vicini para conseguir un nuevo préstamo, aunque de ellos había que devolver el viejo empréstito de la San Domingo Improvement Company, según Hoetink, op. cit., p. 75.

<sup>79</sup> Welles, op. cit., p. 528, según el Cónsul norteamericano: Ya en 1891, Heureaux se había expresado de manera similar, frente a los negociadores americanos, cuando se refirió a la anécdota de la esposa sabia de un cacique indio en el Santo Domingo del siglo XVI la cual había advertido a su esposo de que sería mejor darles a los españoles libremente lo que se tomarían a la fuerza; *ibid.*, p. 478.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 532; p. 480 en cuanto a la oferta de Heureaux de un pacto con los EE.UU. véase también Wehler, op. cit., p. 104.

<sup>81</sup> Welles, op. cit., pp. 524, 533.

cuando un almirante francés con gestos amenazadores militares pidió la devolución de propiedades bancarias francesas confiscadas, Heureaux le perturbó con la pregunta de si él conocía la teoría de Darwin. Heureaux por lo menos creía que el negro había descendido del mono, „y como Ud. sabe, almirante: ¡lo que el mono una vez tiene en sus manos, jamás lo deja!“<sup>82</sup>.

Este principio fue válido mientras el dictador negro siguió con vida. Con su asesinato en 1899, el sistema artísticamente balanceado entre diferentes conexiones extranjeras se rompió y el ejército y el aparato estatal sucumbieron otra vez a las pugnas de pandillas dominicanas<sup>83</sup>. Otra vez comenzó el círculo vicioso de insurrecciones, y una deuda extranjera pagadera durante décadas, determinaba en el fondo el futuro dominicano. La dependencia se quedara, pero las esperanzas de una modernización y estabilización que habían sido asociadas tanto al proyecto de anexión de 1868/71, como a las iniciativas de Heureaux se frustraron a partir de 1899.

#### PRIMER EPÍLOGO: DE „LILÍS“ A TRUJILLO

La San Domingo Improvement Company, aunque ya no amenazada por ningún dictador fuerte, no pudo disfrutar de su monopolio sobre los ingresos aduaneros. Pronto el caos en el país llegó a dimensiones tales, que los americanos tuvieron que encargarse del control aduanero con su propio personal. El país resultó tan afectado por la guerra civil permanente, que en 1916 intervinieron los *marines*<sup>84</sup>. La retirada de los *marines* en 1924 dejó, primero, una infraestructura moderna al lado de un gobierno democráticamente elegido, pero también un nuevo cuerpo castrense profesional, utilizado por el general Leónidas Trujillo Molina en 1930

<sup>82</sup> *Ibd.*, p. 503.

<sup>83</sup> Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *La muerte de Lilís* (Sto. Dgo. 1983); *Resumen general activo y pasivo de la sucesión Heureaux* (1900, 2a. ed. Sto. Dgo. 1974); Luis F. Mejía, *De Lilís a Trujillo* (Sto. Dgo. 1976).

<sup>84</sup> Fred Rippy, „Antecedents of the Roosevelt Corollary of the Monroe Doctrine“, *Pacific Historical Review* 9 (1940), pp. 267–279; del mismo: „The Initiation of the Customs Receivership in the Dominican Republic“, *Hispanic American Historical Review* 17 (1937), pp. 419–457; Welles, *op. cit.*, pp. 541–900; J. Jimenes Grullón, *Sociología Política Dominicana 1844–1966*, vol. II (1898–1924) (Sto. Dgo. 3a. ed. 1981); Teófilo Castro, *Intervención Yanqui 1916–1924* (sin lugar y fecha); Bruce Calder, „Caudillos and Gavilleros versus the United States Marines: Guerrilla Insurgency during the Dominican Intervention, 1916–1924“, *Hispanic American Historical Review* 58 (1978), pp. 649–675.

para tomar el poder, en el cual él se mantuvo hasta su asesinato en 1961<sup>85</sup>.

La dictadura personal de este caudillo fue de un tipo nuevo (en cuanto que su carrera se basó en la profesionalización militar y el aseguramiento institucional), liquidó terminantemente los caudillismos regionales tradicionales e inició un desarrollo económico, cuyos resultados, no obstante, se materializaron enteramente en las propiedades privadas de la familia Trujillo, y dejó en 1961 un vacío de poder, que después de una guerra civil y otra intervención norteamericana se llenó a partir de 1966 con la sucesión ordenada de dos partidos políticos en elecciones libres, y con una estructura relativamente democrática, hasta la fecha desconocida<sup>86</sup>.

#### SEGUNDO EPÍLOGO: HACIA UN DESARROLLO DEPENDIENTE

El proyecto de modernización dependiente, intentado por los gobiernos dominicanos en el siglo XIX, siguió caminos de desarrollo tan entrelazados<sup>87</sup>, y fue afectado por tantas contradicciones y tantos contratiempos, que uno debe preguntarse, si el concepto de la teoría de modernización sirve para la descripción de la realidad dominicana. Tal vez aportan más al entendimiento histórico los intentos explicativos en dimensiones reducidas, dirigidas cada una hacia la elaboración de configuraciones, históricas concretas (como p. ej., la constelación entre intervención haitiana y los intentos de anexión a fuerzas europeas hasta la restauración en 1863/65; o la oposición contra la anexión a los EE.UU. durante los „Seis Años“ de Báez; o la dictadura de modernización bajo Heureaux en la épo-

---

<sup>85</sup> En cuanto a Trujillo, véase la bibliografía de Wiarda; además: Robert D. Grassweiler, *Trujillo. The Life and Times of a Caribbean Dictator* (New York 1966); Jiménez Grullón, *Sociología Política Dominicana 1844–1966*, vol. III (1924–1942) (Sto. Dgo. 1980); Howard J. Wiarda, *Dictatorship and Development. The Methods of Control in Trujillo's Dominican Republic* (Gainesville 1968); G. Pope Atkins/Larman G. Wilson, *The United States and the Trujillo Regime* (New Brunswick 1972); Roberto Cassá, *Capitalismo y Dictadura* (Sto. Dgo. 1982).

<sup>86</sup> Carlos María Gutiérrez, *The Dominican Republic: Rebellion and Repression* (New York/London 1972), Manfred Woehlke, *Die Karibik im Konflikt entwicklungs-politischer und hegemonialer Interessen* (Baden-Baden 1982); Eugenio Chang-Rodríguez, *The Lingering Crisis. A Case Study of the Dominican Republic* (New York 1969); José A. Moreno, *Barrios in Arms. Revolution in Santo Domingo* (Pittsburgh 1970).

<sup>87</sup> Frank Moya Pons: „Modernización y cambios en la República Dominicana“, *Ensayos sobre cultura dominicana* (Sto. Dgo. 1981), pp. 211–245.

ca del crecimiento orientado hacia la exportación, etc.), ¿pero significa eso, prescindir totalmente de una visión explicativa del desarrollo dominicano a largo plazo?

Algo semejante sucede con la pregunta de si se debe considerar a la historia de la República Dominicana solamente como un desarrollo periférico especial y aparte, o si se puede encontrar en ella problemas generales de América Latina. A primera vista uno descubre muchas similitudes con otros países latinoamericanos, pero, mirándolo de más cerca, las especialidades nacionales presentan rasgos más definidos. ¿Y a caso eso quiere decir que uno debe abstenerse de los enunciados generalizados?

No obstante, debe ser hipotéticamente posible, poniendo énfasis en la situación histórica específica y singular, aplicar una perspectiva generalizada a la historia dominicana del siglo XIX, la cual sea consciente de los límites de su valor explicativo. En este sentido, el concepto de la modernización dependiente sí sirve para el entendimiento de la política dominicana del siglo XIX, ya porque, no solamente Santana, Báez y Heureaux, sino casi todos los políticos habían asimilado aquella idea, a pesar de una rica fraseología nacionalista. En el marco del concepto de la modernización se pueden integrar no solamente los progresos en el desarrollo, que se lograron en las áreas de la producción para la exportación y en la infraestructura, y los cuales no se deben menospreciar, sino también a la frustración de las esperanzas ligadas a esa política, de que un salto en el desarrollo social hacia los niveles norteamericanos fuera posible.

Pero con ello ya se alcanzan los límites del concepto de modernización porque los progresos en cada una de las áreas mencionadas no se acumularon en un „progreso en sí“. Este puede ser el lugar, donde las teorías de dependencia tengan un valor parcial, en cuanto que explican la selección de ciertos aspectos del desarrollo, dependiendo del mercado mundial, y del „sub“-desarrollo en otras áreas. Sin embargo, ellas también encuentran sus límites conceptuales donde se toman decisiones históricas explícitamente en una configuración específica, que entrelaza la política interna, externa y económica con la estructura estatal de manera tal, que no se puede negar la autonomía relativa de la política nacional frente a las estructuras de la economía mundial.

Respecto a la República Dominicana y en un sentido más amplio y generalizado a la vez („ideal-típico“) para América Latina quisiera indicar:

1. Se tomó la decisión de seguir un camino hacia un desarrollo dependiente independientemente de cualquier presión extranjera, aún cuando



aumentaran las dependencias en el transcurso posterior de la integración política y económica.

2. El problema ante el cual se encontró la República Dominicana al final de las guerras por la Independencia, fue el caos interno de un Estado en aislamiento externo, agravado por la guerra fraternal de las dos naciones jóvenes en la misma isla.

3. La República Dominicana a partir de 1844 se distingue por la ausencia casi total de un Estado<sup>88</sup> – si se entiende por „Estado“ una administración burocrática en aquel sentido moderno, el cual las reformas coloniales borbónicas del siglo XVIII todavía habían tratado de fortalecer. El vacío de poder político en esta república regionalmente desintegrada y patriarcalmente constituida a nivel social, ha sido llenado permanentemente por los caudillos, compitiendo entre sí.

4. La estrategia de la importación de fuerzas de orden extranjeras, ya sea a través de ofertas de anexión abierta, o sea a través de la toma de créditos en el extranjero para el financiamiento del desarrollo estatal interno, nació del deseo del caudillo gobernante de crear un aparato estatal para su permanencia en el poder. Aquellos préstamos frecuentemente ruinosos tanto para el acreedor como para el beneficiado, constituyeron, pues, una dependencia de los centros financieros norteamericanos, en un principio europeos, motivada por la política interna y buscada voluntariamente. Apenas pueden interpretarse como producto de una política mundial de dependencia por parte de las metrópolis.

5. La conexión con el mercado mundial, realizada a partir de los años 70 a través de la exportación de materias primas y a través de la atracción de capitales de inversión, sobre todo para los sectores orientados hacia la exportación, constituyó, comparado con la dependencia anterior a través de préstamos gubernamentales, una nueva situación, la cual las teorías de dependencia pudieron citar posteriormente como testigo, aunque se aumentó, primero, también el margen financiero del gobierno dominicano por el desarrollo económico. Pero sus necesidades financieras se incrementaron, fatalmente, mucho más rápido, movidas por el interés del gobierno en una expansión modernizante de las actividades del Estado. Se tendió un puente sobre las diferencias entre las necesidades agudas de di-

---

<sup>88</sup> Eso en contra de la tesis inconsistente históricamente, por lo menos para el siglo XIX, de que en Santo Domingo había existido en continuidad un „Estado todopoderoso“, que hubiera dado luz al caudillismo. Comp. Mario Bonetti, „El Estado Dominicano, 1844–1974“, *Lateinamerikastudien* 3 (1977).

nero y el crecimiento a plazo mediano de los ingresos a través de nuevos préstamos, cuyo pago a través del crecimiento de las exportaciones esperado tenía que provocar casi necesariamente las futuras intervenciones extranjeras para establecer un control financiero efectivo.

6. Incluso durante la etapa de dependencia, es decir, aquella que representaba la intervención abierta y la administración por extranjeros, era causada en una buena parte por la constelación interna descrita, que favoreció el éxito de estrategias imperialistas, las cuales, sin lugar a dudas, sí existieron.

7. Resulta difícil juzgar, si los intentos de una dictadura de modernización como la de Ulises Heureaux de balancear entre diferentes dependencias económicas y políticas de manera tal, que se pudiera mantener cierto margen de acción, tenían o no perspectivas de éxito. Una mirada a la dictadura contemporánea de Porfirio Díaz en Méjico, abogaría más bien en pro del tal posibilidad.

A fin de cuentas, los dominicanos han conseguido lo que deseaban sus políticos en el siglo XIX frente a la debilidad e inestabilidad interna: una modernización en dependencia, sin embargo, cargada de todos aquellos desequilibrios estructurales, que resucitan especialmente en la crisis actual. El anhelo de un progreso social y humano, conectado con tales progresos en la modernización económica y burocrática, persiste.